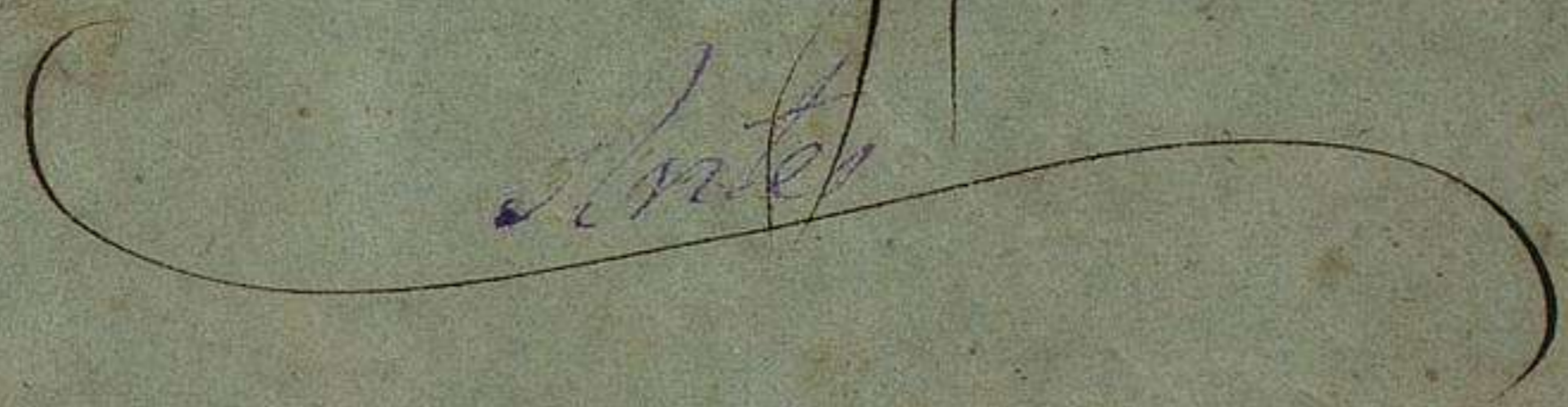


MT 4913



Federico M^o

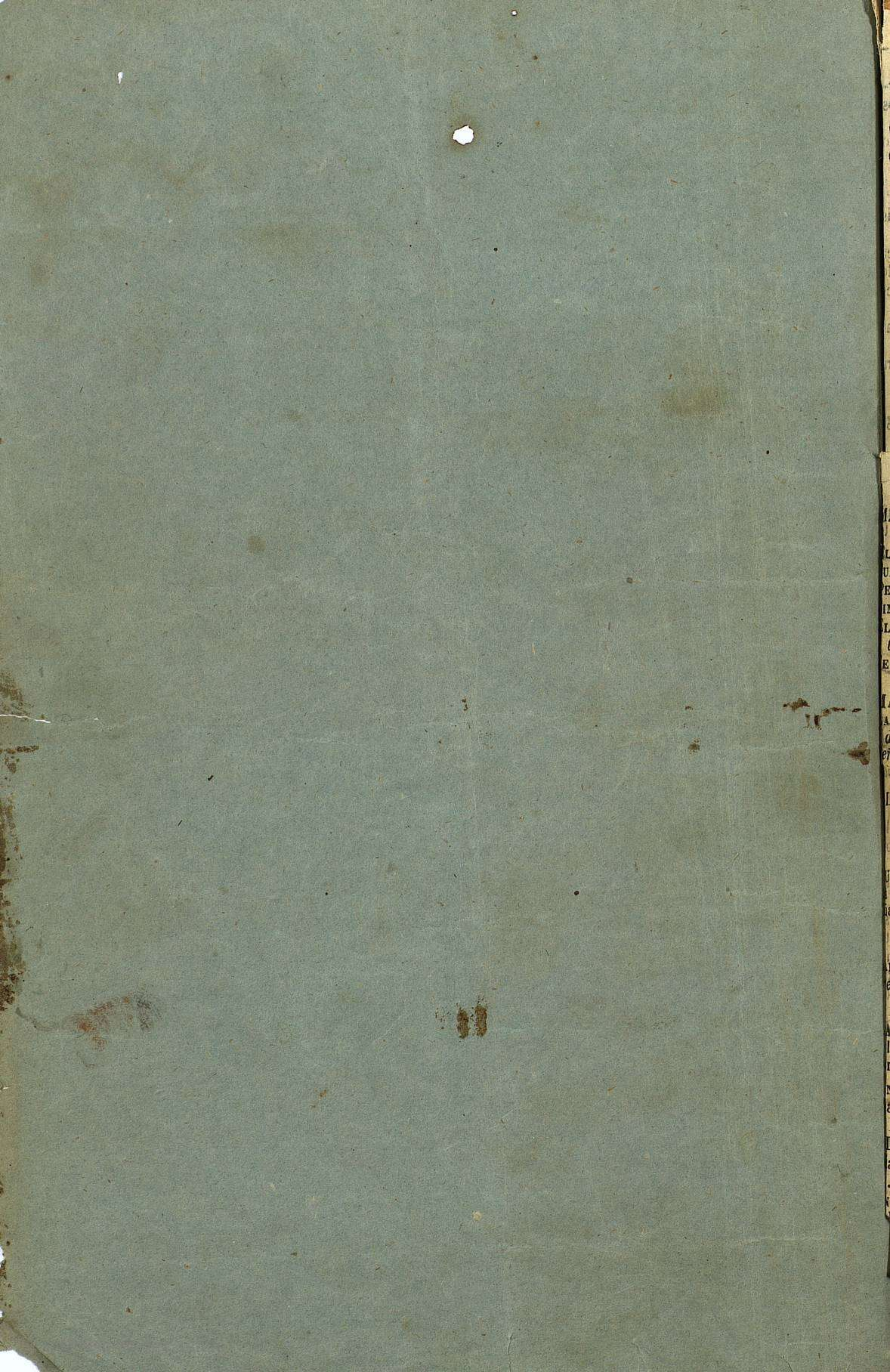


Murcia

La noche del viernes santo.

Testimony of

John A. ...





LA NOCHE DEL VIERNES SANTO.

Melodrama en tres actos, refundido del francés por D. Ramon de Valladares y Saavedra, representado con aplauso en el teatro de la Cruz, el 13 de mayo de 1854.

PERSONAJES. ACTORES.

JUAN FILIBERTO, duque de Saboya. Sres. Garcia.
 EL CONDE DE MONTREVEL. Burgos.
 JUAN TARDY, aldeano. Farro.
 PEDRO, su hijo. Segarra.
 SIMIAN DE ALBIÑI. Bouvier.
 ELENA, condesa de Montrevel. Sras. Fenoquio.
 TERESA, muger de Juan Tardy. Menendez.
 MAGDALENA, su hija. Valero.
 ANA, doncella de la condesa. Espejo.
 Oficiales del rey, miembros de justicia, exentos, guardias, pueblo.

La accion pasa en Saboya, en 1560.

ACTO PRIMERO.

Una choza ó casa muy pobre. Puerta grande al fondo y los lados dos ventanas, por las cuales se ven las montañas cubiertas de nieve.

ESCENA PRIMERA.

JUAN TARDY, leyendo junto á una mesa colocada á la derecha; al lado opuesto TERESA, hilando en rueca, y á la izquierda de ella, MAGDALENA, cosiendo.

Al alzarse el telon suenan en un reloj lejano de iglesias ocho de la noche; se oyen truenos, y de vez en cuando ilumina el fondo algun relámpago.

JUAN. (leyendo en voz alta.) «Era la noche del Viernes Santo, y como llovía á torrentes, y la tempestad mugía lo lejos, el santo creyó oír una voz que le decía: Dios mío, socorredme!» Entonces se detuvo en su piadosa lectura para escuchar...

TERESA. Qué hora es, Juan?
 JUAN. Las ocho acaban de dar en el reloj de la ermita de Barranco.
 TERESA. ¿Y Pedro no ha vuelto?
 JUAN. ¿Dónde habrá encontrado en la montaña á algun viagero?
 TERESA. ¿No en esta noche de Viernes Santo nadie viene?

JUAN. Silencio, Teresa, y consagrémonos al Dios que ha muerto por nosotros. (leyendo.) «Entonces se detuvo en su piadosa lectura para escuchar. Al cabo de un instante la misma voz repitió el mismo lamento; y el santo cojió su cayado, encendió su linterna, y salió de la gruta para...» Magdalena, hija mia, ni me ni trabajas... En qué estás pensando?

MAG. (volviéndose.) Padre, miro las nubes que la nieve que cae, y escucho el viento que me golpea los abacos.

TER. (levantándose.) Dios mio! Se prepara una tempestad, y Pedro no vuelve!

JUAN. (levantándose tambien.) Volvemos á tus predicciones respecto á la noche del Viernes Santo?

TER. No te burles, Juan! siempre en esta noche ha ocurrido alguna desgracia.

JUAN. Pedro conoce el cielo como un águila, y la montaña como un corso: mas fácil es que me pierda yo en mi cuarto que él en el Buet.

MAG. Si, madre mia... no hay en toda la provincia un corazón mas firme y un pie mas seguro que el de mi hermano Pedro.

TER. Hace tanto tiempo que somos felices, que el corazón me anuncia alguna desgracia en esta noche. Hoy hace tres dias que Pedro partió, y hoy nos ofreció volver. En dónde estás, hijo mio?

JUAN. Muy cerca de aqui tal vez.

TER. Dios te oiga!

JUAN. Déjame llamarle. (abre la puerta del fondo, y suena en una trompa de caza.) Pedro!... Escuchemos!... (el eco repite Pedro muy á lo lejos.)

TER. El eco solamente.

MAG. Padre, habeis llamado con poca fuerza.

JUAN. Veámos. (llamando con mas fuerza.) Pedro! (el eco repite, y al cabo de un instante de silencio se oye otro sonido de trompa muy lejos.)

TODOS. El es!

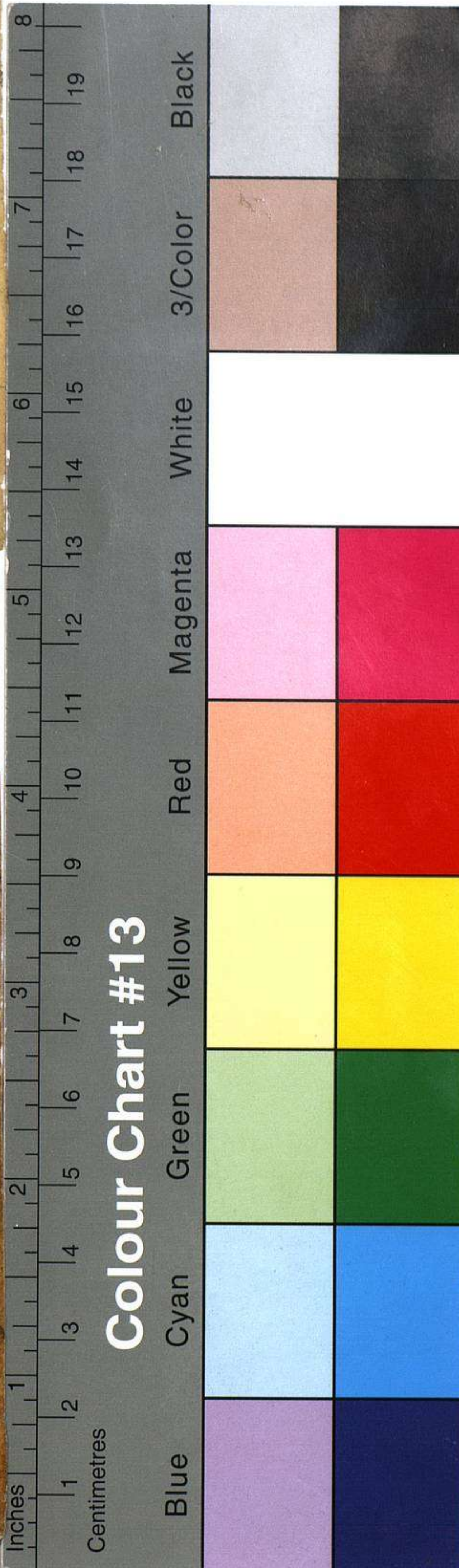
JUAN. (cayendo en una silla.) ¡Loado sea Dios! Ese es mi Pedro!... Abrazame, vieja, abrazame! Temía no volverle á ver.

TER. (abrazándole.) Pobre Juan!... Qué palido te ponías!

JUAN. (levantándose.) No es nada; dame el brazo, como el dia de nuestra boda, y salgámonos al encuentro.

TER. Vamos!

MAG. El tiempo es demasiado malo, padre. Yo iré.



MAG. (siguiéndole hasta la puerta.) Ya esta aqui mi hermano!... Pedro! Pedro!

ESCENA II.

MAGDALENA, JUAN, TERESA, y PEDRO que entra abrazado por sus padres: viene vestido de cazador montañés, con el arcabuz á la espalda.

PED. (abrazando á Magdalena.) Buenas noches, hermana mia!

MAG. Dame el arcabuz! (se lo coje, y lo pone á un lado.)

TER. Ponte al fuego, y sécate.

PED. (sacudiéndose.) Esto no es nada, madre. Como se ha pasado en los tres dias que he estado ausente?

JUAN. Bien, como siempre... escepto Magdalena, que ha estado algo mala.

PED. (cojiéndola la mano.) Qué tienes, hermana mia?

MAG. Algo de calentura por momentos... pero se pasará... se ha pasado desde que te he visto.

parece que hagamos la colacion?

que Pedro necesitará de ella.

es pon tú la mesa, y despáchate.

que es por mi, no tengo ni hambre, ni sed.

as malo?

alo? No le ves tan robusto como Moat-Blanc!

aza, qué tal?

o he matado nada.

Y has hecho...

Ahora la colacion. (se sienta.) Teresa, siéntate... Magdalena! (Teresa se sienta.)

MAG. Gracias, padre, no me siento buena, y quiero mas bien dormir que comer.

JUAN. Pues felices y santas noches, y buena salud para mañana.

MAG. No sé, Pedro, si te veré antes de tu salida.

PED. (abrazándola.) Adios, Magdalena. Dios te haga tan feliz como mereces serlo.

MAG. (bajo.) Cuándo partes?

PED. (id.) Esta noche.

MAG. (id.) Tengo que hablarte á solas.

PED. (id.) Cuando todos esten acostados, ven aqui, que yo te esperaré. (alto.) Tranquilízate: á mi vuelta te traeré un lindo regalo.

MAG. Gracias, Pedro. Buenas noches, padres. (sale.)

TER. No te olvides de rezar, hija mia.

MAG. (desde lejos.) No, madre.

ESCENA III.

Dichos, menos MAGDALENA

TER. (volviéndose.) Arde la hoguera?

JUAN. (mirando al fondo.) No hay que apague ahora... la lluvia disminuye, y levanta hace crecer la llama.

PED. (alzando la cabeza.) Chist! (todos quedan suspensos.) Chist!

JUAN. Qué es?

PED. Me parece que oigo á lo lejos pisadas de caballos.

JUAN. Tienes el oido mas fino que tu padre, porque yo no oigo nada.

PED. (levantándose.) No, no me engaño... escuchad bien... Lo ois ahora?... Son dos caballos!

JUAN. Gracias al cielo, pues no ha sido inútil nuestra precaucion. Serán indudablemente dos viageros extraviados en la montaña, y que deben estar aniquilados del cansancio; á juzgar por la lentitud de su marcha.

TER. Se acercan, no obstante. Pedro, adelántate un poco, y llámales á voces para inspirarles valor.

PED. (saliendo.) Eh! Camaradas! Por aqui... el sendero de la derecha!... Subid sin temor!... Aqui!

JUAN. (á su muger.) Regocíjate, sierva del Señor! He aqui dos huéspedes que nos llegan.

TER. Bendito sea aquel que nos los envia, y en una noche tan santa!

PED. (desde fuera.) Deteneos ahi y apearos... no tengais cuidado por los caballos... Entrad y descansad.

ESCENA IV.

JUAN, TERESA, el DUQUE, el CONDE.

JUAN. Bien venidos á mi pobre casa, caballeros.

DUQ. Gracias, buen hombre.

JUAN. No me las deis: el viagero lleva al hogar le recibe, la bendicion de Dios.

CONDE. Al ver el fuego que habeis encendido, en medio de la tempestad que nos cercaba, supusimos que habiamos aqui una buena acójida, y veo con gusto que no nos hemos engañado.

JUAN. Si una modesta hospitalidad, ofrecida con buen corazon, puede bastaros, la hallareis aqui. Si tenéis frío, aqui está mi fuego; si tenéis hambre, hé aqui mi mesa.

DUQ. Aceptamos ambas cosas con igual reconocimiento; y en verdad que necesitamos de la una y del otro, porque tenemos la ropa calada como una esponja, y el estómago vacío como un tambor.

CONDE. (quitándose y sacudiendo su capa.) No he visto nunca un Viernes Santo mas lloron!

DUQ. (id.) En efecto, que es bien triste y plañidero! (Pedro entra.)

JUAN. Pedro, toma esas capas, y sécalas. (Pedro pone las capas en las sillas junto á la lumbre.) Ahora, Teresa, ponnos alguna cosa mas en la mesa, yo voy por mas leña; y tú, Pedro, á echar un pienso á los caballos de esos señores. Actividad, hijos! Actividad!

ESCENA V.

El Duque, el Conde.

DUQ. Tiene aire ese viejo de buen hombre!

CONDE. Asi lo parece.

DUQ. (riéndose con estrépito.) Ja! ja! ja!... Montrevel!

CONDE. (volviéndose.) Qué es eso, monseñor?

DUQ. Confesad que el conde de Montrevel parece en este momento un comerciante de bueyes.

CONDE. Lo confieso, si vos reconocis en el duque Manuel Filiberto de Saboya, un guardador de cabras.

DUQ. Ayer guardaba hombres, de modo que no he perdido en el cambio.

CONDE. Gracias, monseñor; yo formaba parte del rebaño.

DUQ. Bueno, Conde, defiéndete como puedas.

CONDE. He oido decir que en materia de bromas los gustan mucho de darlas, y muy poco de recibirlas.

DUQ. Ahora no hay aqui ni rey ni vasallo... hay únicamente dos compañeros de caza.

CONDE. Conservamos...

DUQ. El incógnito mas rigoroso.

CONDE. Miradlo bien, monseñor, que pueden llover verdades.

DUQ. En estas casas, Conde, no se teme la lluvia; aqui no hay, ni cortesanos, ni traidores.

ESCENA VI.

Dichos, JUAN, TERESA, PEDRO.

JUAN. Ahora, mis buenos señores, á colocar... (pone sillas al rededor de la mesa.)

DUQ. Gustais de la guerra á los platos?

JUAN. Es la única que aprovecha á todo el mundo, recoge el libro de las vidas de los manche.

PED. Si, padre.

CONDE. Quién sabe leer aqui?

JUAN. Todos.

DUQ. De veras?

JUAN. (sirviendo.) Si, tal como me veis, un alcornoque, he estudiado en mi juventud p...

DUQ. Y acaso seria Papa á estas horas, si no hubiera dado con esta buena muger. Ha variado un poco; entonces... entonces!

JUAN. En una palabra, quisisteis mas casaros con la criada que con el Criador.

JUAN. Que quereis... en todos los estados se puede servir á Dios. Podria haceros una pregunta?

DUQ. Cuántas querais.

JUAN. A juzgar por vuestros trages, por mojados y enlodados que esten, no son convidados vulgares los que esta noche se hospedan en mi casa.

DUQ. Quiénes creéis que somos?

JUAN. Presumo que formais parte de la corte.

DUQ. Hay cierta verdad en vuestras sospechas. A decir lo que es justo, no somos de las gentes menos importantes del palacio ducal de Chamberg. Podemos, á nuestra vez, preguntar á quiénes somos deudores de tan generosa hospitalidad?

JUAN. Me llamo Juan Tardy.

CONDE. (levantándose de pronto, y sentándose en seguida.) Juan Tardy!

JUAN. Os ha sorprendido mi nombre?

CONDE. (después de mirar á su alrededor, dice ap.) Ella no está aqui, y puedo tranquilizarme. (alto.) Os explicaré la sorpresa... he oido hablar á la condesa de Montrevel, de un cierto Pedro Tardy, como de un hombre á quien debía la vida.

PED. (Ella ha hablado de mi!)

JUAN. Pedro!... Es nuestro hijo... Pedro, se trata de ti.

CONDE. Ah! Sois vos...

PED. (con frialdad.) Si... paseándose un dia la condesa en una góndola por el lado de... encontrarme allí casualmente, hubiera peligro.

CONDE. Supongo que la señora condesa oiria generosamente?

PED. Algunas veces hago favores, pero nu...

JUAN. No os asombre: es costumbre en...

DUQ. Sois el Juan Tardy apellidado el...

JUAN. El mismo... Y nunca hubiera permitido que mi nombre llegaria al corte!

DUQ. (tendiéndole la mano.) Tocad, mucho conocer á un hombre de vuestra probidad. Sabeis, señor de la vida retirada que llevais aqui, hace mucho ruido en el palacio ducal de Chamberg.

JUAN. Vuestra señoria se mofa...

DUQ. Hablo con verdad: se os conoce allá abajo, y se os estima, y no debe asombraros esto, porque no llega á Chamberg uno de este pais, que no cite á cada momento una accion ó alguna palabra vuestra. Sin ir mas lejos, el otro dia oí citar de vos el rasgo que voy á referir. Hallándoos en contienda con uno de vuestros vecinos acerca de la propiedad de un baldio bastante considerable, le propusisteis que escojiese por árbitro al hombre mas honrado del canton; el otro aceptó, pero como no conocia, según él dijo, un hombre mas honrado que vos, remitió en vuestras manos la decision del asunto y los juicios del proceso; vos examinasteis con madurez los derechos de ambas partes, y declarásteis que la razon os asistia, y que el baldio era vuestro; el adversario renunció en el instante, diciendo, que puesto que vos lo habiais decidido, seria justo. Es cierta la historia, señor Juan?

JUAN. Lo es... pero cómo...?

DUQ. El mérito modesto es una flor oscura, pero perumada, que se vé de cerca, y que se percibe de lejos.

JUAN. (enjugando una lágrima.) Ya lo veis, hijos míos. He hecho mal cuando os he dicho que Dios no se olvida de las personas honradas?

DUQ. No habeis ido nunca al palacio de Chamberg?

JUAN. Jamás! El cielo me ha preservado de ello!

DUQ. Por qué invocais al cielo en semejante circunstancia?

JUAN. Porque estimo en mucho mi tranquilidad, y no quiero esponerme en el tumulto de Chamberg, ni mucho menos en las miserias de la corte.

DUQ. Eso es! Siempre el mismo tema! Es cosa tradicional que las gentes del campo griten sin cesar contra la corte y sus decepciones! Os juró, no obstante, que la corte no es lo mismo que el infierno, y que se puede vivir en ella algun tiempo sin infestarse.

JUAN. Señor, no trato de ofenderos, pero convendreis conmigo en que si la corte no es el infierno, tampoco es el Paraiso; y que no es en ella en donde debe vivir un hombre cuerdo. Un pueblo en donde no se conoce ni fé ni ley, en donde se roba de dia, y se asesina de noche; un pueblo, lleno por un lado de descontentos, que pueden de un dia á otro sublevarse, y por otro de perdidos, que no buscan mas que la seducción, el rapto y las cuchilladas; en donde el príncipe mismo ronda de noche por las calles con indignos disfraces, y...

CONDE. (vivamente.) Deteneos, amigo! Olvidais que formamos parte de la corte, y que vuestras palabras podrian llegar á los oidos de su alteza?

JUAN. (levantándose.) No profiero nunca espresiones ligeras, y cuando digo una palabra no la retiro jamás. Los hombres honrados del pueblo, como yo, hablan con franqueza... al mismo rey, si es necesario... No os ofendáis, señores? Ni la magestad de su persona, ni la gravedad de su carácter, me impedirian hablar segun me dicta la conciencia! (se sienta de nuevo.)

JUAN. Soy un hombre honrado, que es algo de lo que se necesita en un soberano, segun vuestra opinion, las cosas no marcharian mejor?

CONDE. Si el soberano diga que todo camina bien, cuando todo va a la deriva, que miseria, pandillaje y latrocinio? No meditad lo que decís; os han informado de lo que sucede.

JUAN. El soberano es inclinado á la justicia... Bastante efectos tiene para que no se le reconozca al menos esa cualidad.

DUQ. (levantándose.) Por la Cruz...!

CONDE. (sonriéndose.) Ya os predije que lloveria, camarada... Sentaos!

DUQ. (sentándose.) Continúa.

JUAN. Decia que el soberano es inclinado á la justicia... pero ese desgraciado la quiere, como nosotros los torbellinos de nieve... desde lejos, porque satisfecho con el nombre, deja á los demás el cuidado de las cosas; y sus ministros? Ira de Dios! Todos, desde el presidente del consejo, el señor Pablo Solfo, hasta el gran mariscal de Saboya, monseñor el conde de Montrevel, se sostienen en sus puestos contra la opinion pública y figurarian mejor en lo alto de una horca, que en los escaños de un tribunal!

CONDE. (levantándose.) Por el infierno, señor Juan!

DUQ. (riéndose.) Camarada Francisco, á cada uno llega su vez... Tened la bondad de sentaros como la verdad es un sol que alumbrá para todos. (el conde se sienta.)

JUAN. Os he ofendido en algo, caballero?

CONDE. (riéndose.) Ofenderme?

DUQ. Al contrario, le habeis dado un rato de gusto. Deciais...

TER. Por el amor de Dios, Juan, no continúes...

JUAN. Silencio, Teresa!... Sabes tú por qué está mi país tan arruinado y envilecido?... Por qué los hombres

como yo... por qué el verdadero pueblo sufre con paciencia á los que solo tratan de esquilmarle á la sombra de su cansancio ó de su indiferencia?... Pero guay del dia en que nos levantemos! Guay del dia en que empuñemos las armas al grito de libertad é independencia!... (con mas tranquilidad.) Decia, señores, que en el estado presente de la Saboya, los que estan abajo causan lástima, y la nobleza vergüenza.

DUQ. Considerad, señor Juan, que es mas fácil criticar que gobernar, y que lo bueno seria ejecutar mandando lo que se critica obedeciendo.

JUAN. Convengo en ello, señor; pero tambien sé que es infame dejar hacer el mal, cuando se puede todo por el bien, y que son unos miserables los que sacrifican á los pequeños para dar gusto á los grandes.

DUQ. Quisiera veros gran bailio de Chamberg! Sin duda los negocios tomarian bajo vuestra direccion un aspecto mas favorable.

JUAN. Os burlais, señor cortesano; pero si yo tuviese la desgracia de llenar semejantes funciones, estad seguro de que nada, ni nadie en el mundo, me harian retroceder ante el cumplimiento de mi deber.

TER. La luna empieza á lucir.

PED. Si, la tormenta ha desaparecido... Me pongo en marcha, padre mio.

CONDE. Nosotros tambien, si os parece, compañero.

DUQ. (levantándose.) Con mucho gusto.

JUAN. Nuestras camas estan á vuestra disposicion, señores.

CONDE. Gracias; pero nuestros amigos nos estaran esperando, asi como los officios divinos.

JUAN. Como gustéis: siempre será para mi memorable la noche del Viernes Santo.

DUQ. Asi lo creo, como igualmente á nosotros.

PED. (dando las capas á los dos caballeros.) Tomad las capas; voy á prevenir los caballos. (sale; el Duque y el Conde se arreglan.)

DUQ. Señor Juan Tardy, no corre la tradicion de contornos, de que siempre sucede alguna cosa en la noche del Viernes Santo?

JUAN. Asi es, señor.

DUQ. Pues yo os aseguro, que la tradicion se cumplirá con vos... segun sea vuestra voluntad.

JUAN. No os comprendo...

PED. (desde el fondo.) Los caballos estan prontos.

DUQ. Muy pronto os decifraré el enigma.

CONDE. (ap.) A ahorcado me huele el pobre viejo! (alto.) Adios!

JUAN. Suceda lo que suceda, señor, siempre me hallareis tan franco como leal! (el Duque y el Conde salen.)

ESCENA VII.

JUAN, TERESA.

JUAN. ¿qué es lo que has hecho? Y si esos señores duques... Teresa; los cortesanos están muy acaos á no oír mas que mentiras y adulaciones, que alguna vez oigan la verdad, por amor

teresa, un pobre campesino, hablar así del soberano... es el soberano... pero los ministros, Creeme, Teresa; ninguno de ellos vale la mitad de lo que vale un campesino.

TER. Ay! Dios quiera que no nos acordemos ni de esta noche, como te dijo con énfasis ese señor

JUAN. ¿Qué podran hacer? Desbarbarme? Aun

Dichos, PEDRO.

PED. Ya están lejos. *se alejan*

JUAN. Por qué lado se han dirigido?

PED. Por el de Cluse, en donde está ahora la corte; el mismo camino que voy a tomar.

TER. Con que te decides, Pedro, a ir a Chamberg?

PED. (tristemente.) Es preciso, madre mia.

TER. Adios, hijo mio!

JUAN. Creo, Pedro, que tu partida no será por ningun motivo malo; pero vuelve pronto y sé siempre franco, valiente y justo. Adios! Llevas contigo la bendicion de tus ancianos padres.

PED. (abrazando á los dos.) Adios! (se desprende bruscamente de sus brazos y sale por el fondo.)

JUAN. Vamos, Teresa, ven á llorar en tu cuarto. (salen.)

ESCENA IX.

PEDRO, despues MAGDALENA.

PED. (entrando con precaucion.) Han entrado en su cuarto llorando los dos... Ah! si supieran que tal vez corro á mi desdicha! Cuánto tarda Magdalena! Magdalena? Magdalena?

MAG. (entrando de puntillas.) Pedro, estamos solos?

PED. Si. Qué tienes que decirme? Apresúrate. (llorando en sus brazos.) Pedro!

MAG. Qué es esto? Lloras?

PED. Eres tú feliz, Pedro?

MAG. (dolorosamente.) No se trata de mi, Magdalena.

PED. ¿que yo... yo, soy muy desgraciada!

MAG. ¿Tú?

PED. No puedes comprenderme, porque ignoras lo que

es. Qué ignoro lo que es el amor? Qué haria na e

en el mundo sin el amor? El amor es el que sostiene

cuando se trabaja, y el que consuela cuando se pad

ce; el amor es la felicidad! El amor es la vida!

MAG. Hermano mio!

PED. No es cierto que soy digno de lástima, yo, á quien no aman?

MAG. Y yo que he sido amada y despues engañada!

PED. Magdalena!

MAG. Una horrible traicion, hermano mio! Cautivar mi inocencia con dulces palabras, engañar mi buena fé

con santas promesas, embriagarme de amor, hacerme olvidar mis deberes, mi honor...

PED. (con furia.) Hermana!

MAG. Y abandonarme despues, dejándome por unica despedida la desesperacion y la afrenta!

PED. (retrocediendo.) Hermana!

MAG. Ah! Yo hubiera muerto mil veces, si no fuera un crimen horrible matar conmigo al hijo de mi dolor! (cae de rodillas.)

PED. Desgraciada!

PED. (con ira, de repente.) Cómo se llama ese hombre? En dónde está?

MAG. En Chamberg, segun creo. En el verano último, cuando fui á Cluse con nuestra pobre tia, le conocí y le amé.

PED. Su nombre?

MAG. Luis.

PED. Luis... qué?

MAG. No le conozco de otra manera!

PED. Niña imprudente! Y en qué se ocupa ese hombre?

MAG. Está empleado en la corte de S. A.

PED. Y no tienes mas datos que darme?

MAG. No.

PED. Dios mio! Cómo dar con él? Pero, por qué no has hablado antes?

MAG. No me atrevia...

PED. Oh! Si diese con él!... Y te ofreció casarse contigo?

MAG. Si, me lo decia cuantas veces me hablaba, y cuando me escribia.

PED. (vivamente.) Te ha escrito?

MAG. Si. (sacándolas de su bolsillo.) Miralas!

PED. (cogiéndolas.) Dame, dame! Gracias al cielo que me las envia! Con esto le buscaré y le encontraré!

Ves estas cartas, Magdalena? Pues son nuestra salvacion ó su pérdida! Es tu honor ó su vida! (se dirige hacia la puerta.)

MAG. A dónde vas?

PED. A la corte; á Chamberg! Lo mismo que el amor me llama ahora el odio! Iré, y que Dios me ayude!

MAG. Pedro, si le encuentras recuérdale que le amo!

PED. Le recordaré que te ha engañado!

MAG. Por mi, Pedro, no le insultes!

PED. Haré por él lo que él haga por ti; para tu esposa nada de ira... nada de piedad para tu seductor... Y juro por Dios, no poner el pié en la casa paterna, si traerte una reparacion, ó una venganza! Adios!

MAG. (tratando de detenerle.) Pedro!...

PED. Tu hermano vá á trabajar por ti... Magdalena, ruega á Dios por él! (sale precipitadamente.)

MAG. (sola y de rodillas.) Dios mio! Ignoro el fin de esta noche fatal... pero si alguno ha de ser feliz, que lo sea Pedro; y si alguno ha de sufrir, que padezca yo... Yo sola he cometido la falta, que el castigo recaiga sobre mi solamente.

ESCENA X.

MAGDALENA, JUAN.

JUAN. Quién habla aquí?

MAG. (levantándose.) Padre!

JUAN. Eres tú, Magdalena? Qué hacías aquí, á esta horas?

MAG. Oraba por Pedro que ha partido.

JUAN. No, hija, tú me ocultas alguna cosa. Habla, habla á tu padre que te adora!

MAG. Padre... (llaman fuertemente en la puerta del fondo.) Han llamado!

JUAN. Quién vá?

UNA VOZ. (fuera.) Un oficial de S. A.

JUAN. Un oficial del Duque aquí! Entrad! (vá á abrir.)

MAG. Si será... (entra el oficial seguido de varios soldados por el fondo y Teresa por la izquierda.)

ESCENA XI.

*En nombre de S. A.
seguidme.*

JUAN. A donde?

OFI. Al palacio real de Chamberg.

TER. No te lo decia, Juan? Fúgate!

JUAN. Por qué razon?

MAG. No vayáis, padre mio.

JUAN. El duque es mi legítimo soberano, y sus órdenes deben serme sagradas. Caballeros, estoy pronto á seguirlos. Mi palo, Magdalena; Teresa, mi sombrero (Magdalena y Teresa le dan lo que ha pedido.) Ahora, abrazadme! (abrazo á las dos que lloran con sus brazos.)

TER. (siguiéndole.) No nos dejes, Juan.

MAG. (id.) Padre!

JUAN. (deteniéndolas.) Deteneos!

TER. Acuérdate de lo fatal que es la noche del Viernes Santo!

JUAN. La noche del Viernes Santo puede ser memorable para la corte, porque vá á pisar su recinto un hombre honrado! Vamos, señores! (sale con el Oficial y los soldados.)

TER. y MAG. (caen de rodillas llorando.) Dios mio!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion del conde de Montrevel en el palacio duca de Chamberg.

Conde

Hay tocar a botasillas para para las gentes de mi comitiva, que estan á tus órdenes. Dentro de cinco minutos partimos para Turin.

¿Entonces tienes cosas que hacer; dos cosas que hacer tan importantes como fáciles. Ve á la casa de la anciana de quien me sirvo algunas veces, y que vive en la plaza de Ancecy; díle que se heche un velo, y que lleve esta carta a donde conviene; lo entiendes?

Ah! señora condesa de Montrevel! Ah! señor

Duque! ¿osabais que clase de hombre habeis engañado. (Ap. el Duque.)
Duque: ¿Fuiendo Montrevel; como ha pasado la noche tu bella esposa la Condesa?
Conde: Bien, señor.

Duque: Mi primera diligencia ha sido como siempre venir á saludarla; y si esto no es posible, ofrecerle en mi nombre mis respetos. Supongo que no dilatarás



ta noche a buscarme, y a hacer lo que le mande, cualesquiera cosa que sea. Si acepta, entrégale esta llave. (le da una llave.) Con ella se abre la reja de la ventana que dá sobre el estanque; una escala estará atada, por la cual subirá, y yo le esperaré á las ocho sin falta.

HOM. Bien, monseñor.

CONDE. Marcha, y sé discreto.

HOM. Como la tumba, monseñor. (sale por donde entró.)

CONDE. (solo.) Ah! señora condesa de Montrevel! Ah! señor Duque! No sabéis qué clase de hombre habeis engañado!...

ESCENA IV. 2ª

El CONDE, SIMIAN.

SIM. Señor conde...

CONDE. Adios, Simian. Qué hay de nuevo?

SIM. Nada que yo sepa. Esta noche pasada ha habido viento y lluvia, jóvenes robadas, maridos engañados y paisanos apaleados. Hoy por la mañana hace sol, y todo marcha á las mil maravillas.

CONDE. Ah! la corte para los hombres como tu, es un Paraiso.

SIM. Confieso, á fe mia, que no conozco en el mundo una Sodoma más agradable, y pido á Dios una cosa... que no la queme hasta el dia siguiente de mi entierro.

ESCENA V. 3ª

Dichos, el Duque, comitiva.

¿Dónde Montrevel, cómo ha pasado la noche tu esposa la condesa?

Bien, señor
primer

lugar está en Francia, en donde debo ^{castarme} nombre vuestro, con su real prometida, la ^{infanta} Margarita de Francia, hermana del rey. Quiere vuestra alteza que me ponga en marcha?

DUQ. (dándole golpecitos en el hombro.) Nunca podré incomodarme contigo, mala cabeza!

SIM. Mala cabeza! Ya sabe monseñor aquel antiguo adagio que dice: «tales príncipes...»

DUQ. Gracias por la moral.



¿La ejecución del encargo que te he dado para nuestros Estados de Italia?

Conde = Monseñor, parto en este momento con mi comitiva.

Duque = Puz buen viaje, querido Conde. Me quedo en tu habitación un instante p.º de cansar.

Conde = (te comprendo; pero no gozaré en tu infamia.)

ESCENA VI

Dichos, J

ORI. El señor Juan Tardy! (Juan entra.)

DUQ. Os digo, señor Juan Tardy, que os acordas la noche del Viernes Santo.

JUAN. Es verdad.

DUQ. Ya veis que cumplo mi palabra. Recordais la conversacion que tuvimos en vuestra choza?

JUAN. La recuerdo.

DUQ. Recordais el juicio severo que emitisteis, porque, en vuestra opinion, la justicia se administraba mal?

JUAN. Conservo en la memoria cuantas palabras salieron de mi boca.

DUQ. Bien! El soberano está informado de todo.

JUAN. Lo siento por el soberano, y lo siento por aquellos que han ido á repetir á su señor lo que oyeron decir al que les hospedó; esa es una de las cosas por que aborrezco á los espías.

DUQ. Tranquilizaos, señor Juan; la hospitalidad no ha sido menoscabada.

JUAN. No comprendo el enigma.

DUQ. Pues es fácil de comprender; uno de vuestros huéspedes era el mismo soberano.

JUAN. Cómo! Vuestro compañero...

DUQ. No, yo!

... roailla, pesa la mano del usque y se
(.) Espero las ordenes de V. A.
si, soy el duque de Saboya, y segun ciertas gen-
tes, el tirano de la Saboya! Ahora que estamos fren-
te á frente el rey y el vasallo, no tiemblos?

JUAN. Monseñor, yo no tiemblo nunca cuando mi con-
ciencia está tranquila.
DUQ. Persistes en cuanto digiste anoche?

JUAN. Persisto, monseñor.
DUQ. Miralo bien!

JUAN. Sé á lo que me espongo, pero la verdad y yo so-
mos amigos inseparables.
DUQ. Pues bien! Quiero que aqui, delante de toda mi
corte, nos des una prueba de tu saber. Dinos todo lo
que piensas. (movimiento entre los cortesanos.)

JUAN. A vuestra vez, miradlo bien, monseñor; si me
preguntais la verdad, os la dire.
DUQ. Antes te lo rogaba, ahora te lo ordeno. (circulo al
rededor de Juan.)

JUAN. Monseñor, hace dos años, cuando tomasteis po-
sesion de vuestros estados, no era difícil encontrar la
verdad; no hubierais necesitado, para oirla, ir á bus-
car en la montaña á un viejo aldeano; cualquiera de
vuestros cortesanos os la hubiera dicho, porque en-
tonces no se parecia á la adulacion. En aquellos dias,
monseñor, érais el orgullo y la esperanza de todos; se
creia ver en vuestras manos victoriosas el bálsamo que
debía curar las heridas de la patria. Cuando pasábais
por nuestras llanuras de los Alpes, lleno de dulzura y
de misericordia, los ancianos hacian arrodillar á sus
hijos diciéndoles: «Prosternaos, hijos, que pasa la feli-
cidad pública.» Y cuando entrasteis en las villas de
Cluse y de Chamberg, el pueblo no os dejaba caminar
sino sobre una alfombra de flores y bajo una lluvia de
bendiciones. Hoy, cuando pasais, las flores están allí,
pero y las bendiciones, en dónde están? Por qué se
trocaron tan pronto nuestras esperanzas en dolores, y
nuestras horas de placer en dias de duelo? Porque al
presente, en Saboya, todo el que tiene un corazon,
sufre; todo el que tiene una voz se queja, y los dos
extremos del ducado se responden gimiendo. Todos
los dias aparece una nueva miseria; hoy la contribu-
cion injusta, esta noche el pillaje del soldado, mañana
desórdenes y las gabelas del príncipe, y por con-
tacion de todo, las prisiones y los destierros. Aqui
un raptó, allí un asesinato, por todas partes la des-
moralizacion... en ninguna parte la justicia. (violeta
murmulló de la corte.) No me asustan, señores,
vuestros murmullos: tenéis la voz menos fuerte que
el trueno y el huracan, con los que he hablado mu-
lto. Diqué á voz en grito que el pueblo, atacado
por los nobles, y engañado siempre, está harto ya
de ver elevarse distintos partidos, sin que por
eso ninguno le alivie, porque todos aspiran al mando
para enriquecerse á costa suya; dire que la nobleza de
hoy dia es mas odiosa que la antigua, porque esta se
apoya en pergaminos, y aquella ha buscado sus titulos
en la decepcion, en el pillaje y en la miseria; y si hay
manchas de sangre en los blasones antiguos, en los
modernos las hay de todo! (nuevos y mayores mur-
mullos.) Me habeis pedido la verdad... tanto peor
para vosotros, porque la oireis completa y sin disfraces!
Mientras que los unos hacen de nuestros pueblos
un cementerio, los otros hacen de la ley una cortesa-
na, y de su templo una caverna... De suerte que,
cansada la Saboya de alimentar hombres para la mi-
seria, y mugeres para el deshonor, pide al cielo un
castigo ejemplar para sus opresores, ó se dispone ella
misma á administrarse la justicia... y ay! entonces d

vosotros! Nadie podra contener el torrente una vez
desbordado!... Nadie podra señalar los limites á una
revolucion tan justa como espantosa!... Señor, he di-
cho la verdad... aqui teneis mi cabeza. (se arrodilla;
momento de silencio y de ansiedad.)

DUQ. Alzaos, señor Tardy, gran bailio de Chamberg.
(movimiento de asombro.)

JUAN. (levantándose.) Yo, monseñor?

DUQ. Vos. Vos sois quien ha señalado el mal y debeis
curarle. Desde este momento deposito en vuestras
manos la administracion de justicia.

JUAN. Vuestra alteza olvida, sin duda, la oscuridad de
mi clase?

DUQ. Nobles como esos los hago yo de una plumada.
Corazones como el tuyo los forma Dios solamente.

JUAN. Pero, monseñor, yo no sé nada...

DUQ. Sabes discernir lo justo de lo injusto, y basta.

JUAN. Pero...

DUQ. Ni una palabra mas, ó creeré que sois un fanfar-
ron de virtud como otros muchos.

JUAN. Señor, acepto, pero con una condicion.

DUQ. Cual?

JUAN. Que nadie, ni aun vos, podrá eximirse de obede-
cer la ley; que ni un culpable, aunque lo fueseis vos,
podrá librarse del castigo que haya merecido; que
vos mismo, en caso necesario, me prestareis toda
vuestra fuerza para que se cumpla la justicia hacia o-
dos y contra todos.

DUQ. Os lo prometo.

JUAN. Dispensadme, monseñor; pero como ha habido
casos de que los soberanos olviden sus promesas, ne-
cesito que delante de esos nobles me jureis por vues-
tra corona y por el Evangelio, hacer lo que os he
pedido!

DUQ. Lo juro!

JUAN. (tendiéndole la mano.)

un noble... pero un aldeano... (se oyen unas palmas das vera.)
 CON. Ah! él es! Baja y hazle entrar. (Laura sale.)
 bre Pedro! Cuando recuerdo los dias que he estado juntos en la montaña!... Estoy temblando!... por qué razon? No voy á hablarle de su pais, ¿por qué memoria me causa placer? Oh! aquí está... Retirarse.
 Laura.

ESCENA X.

La CONDESA, PEDRO.

PED. Me dispensará la señora condesa por la libertad que me he tomado, presentándome...
 CON. Qué! No os han entregado una carta en mi nombre?
 PED. No señora! Con que es decir que habeis tenido la bondad de pensar en mi?
 CON. (friamente.) Yo... No, señor Pedro... Me he engañado... queria decir...

PED. (Insensato!)
 CON. Qué asunto os llama á Chamberg?
 PED. Qué asunto me ha de llamar, señora condesa? La venta de cereales...
 CON. Y nada mas?
 PED. Qué mas quereis que me llame? Somos buenos para otra cosa los hombres del campo?

CON. Por qué decís eso, señor Pedro?
 PED. Lo digo, porque... porque soy el señor Pedro... como vos me llamais perfectamente. Oh! no me hago ilusiones... sé muy bien lo que soy... un campesino, un hombre formado para el cultivo de la tierra con el sudor de mi frente... y digo mal... Hombre! Nosotros hombres! Nosotros que recolectamos el trigo que no comemos, y hacemos el vino que nunca gustamos! Ah! animales con rostro humano, en buen hora! Y aun debemos dar gracias á Dios, porque no se nos vende en el mercado como á los demas animales!

CON. Oh! calmaos!
 PED. Calmarme cuando me abrasa todo el fuego del inferno, cuando la indignacion me ahoga! Oh rabia! Sentir sangre en las venas, valor en el corazon, inteligencia en la cabeza, y no poder nada, nada! Ser desgraciado por ser pobre, y vivir mal porque se es mal nacido! Y luego nos dicen que hay una justicia!..... (riendo amargamente.) Ah! reid, señora, reid. Sé que mis palabras divierten á los vuestros.

CON. No, no; mi compasion!...
 PED. Compasion! Siempre la insolente compasion! Ese es el único sentimiento, la única palabra para nosotros. Gracias, señora; no necesito vuestra compasion, no la quiero! Soy un hombre libre, señora; un hijo de los Alpes, un compañero de las águilas, un vecino del cielo, á quien no pido mas que un poco de sol para vivir y un pedazo de tierra para morir.

CON. Pedro!
 PED. (No, no la diré que la amo!) Señora, he venido aquí por dos cosas: la primera por veros; y despues para buscar á un hombre que ha abandonado á mi hermana, despues de haberla seducido. Es una empresa desesperada, porque no conozco á ese hombre, é ignoro su nombre y donde vive. Por toda seña solo tengo estas cartas, escritas por él á mi hermana, y en las cuales la dice que está en la corte. Oh! estos cortesanos! Si cae alguna vez entre mis manos uno de ellos!...

CON. (vivamente.) Esa letra... dadme. (las recorre rápidamente.) (Dios mio! La letra del conde!) (devolviéndole las cartas.) Y decís que ese hombre ha seducido á vuestra hermana?

PED. Seducido, señora, y deshonorado!
 CON. Oh, infame! Y qué hareis si le descubris?
 PED. Obligarle á una reparacion, á un casamiento.
 CON. Y si ese hombre fuese casado?
 PED. Matarle, ó morir!
 CON. Pedro, morir vos!.. Vos á quien yo...(Socorredme, Dios mio!)

PED. Acabad, señora... Acabad lo que ibais á decir... Acabad!
 CON. Pedro... Pedro!
 UNA VOZ. (fuera.) Que estén todos prontos!
 CON. Ah! el conde! Somos perdidos!
 PED. Esa ventana...
 CON. Cerrada por una reja, cuya llave tiene el conde.
 PED. Decidle que soy un soldado que busca servicio...
 CON. Ahora es imposible... Ya sube... Qué será de nosotros?

PED. (con la mano en la daga.) O de él!
 CON. (deteniéndole.) Estais loco? Todo el palacio contra vos... Os matarian, y á mi tambien. Ahi, detrás de esas cortinas, ocultaos!
 PED. Por vos lo haré, señora! (se oculta detrás de las cortinas de la puerta izquierda.)

ESCENA XI.

La CONDESA, el CONDE.

CONDE. (con una carta en la mano.) He fingido marcharme, porque asi convenia á mis planes. Conoceis esta carta, señora condesa?

CON. (mirándola.) Y habeis vuelto por eso?
 CONDE. Si señora. La conoceis?
 CON. La conozco; yo soy quien la ha escrito.
 CONDE. Al menos teneis el mérito de la franqueza.

CON. Nunca he prescindido de él.
 CONDE. Y recordais los términos de esta carta?
 CON. «El conde se ausenta hoy; venid, porque necesito hablaros.»
 CONDE. Debeis tener presente tambien, el nombre de aquel á quien la habeis escrito?

CON. Si.
 CONDE. Y me lo direis?

CON. Sé que me habeis engañado, y creo que nunca me amasteis; dos años hace que nos casamos, y ese es precisamente el tiempo de mi desgracia; pero como nos juramos fidelidad, he cumplido mi juramento todo el tiempo que os he podido creer esclavo del vuestro. Haced que la corte de Roma anule nuestro enlace por causa de parentesco ó por otra razon que halles mas conveniente; guardaos toda mi riqueza presente y porvenir, y dejadme abandonar la Saboya.

CONDE. (con ira.) A quién habeis escrito esta mañana?...

CON. Nunca lo sabreis, monseñor.
 CONDE. Lo sabré, señora.

CON. Os he dicho que no, monseñor, y sabeis que no miento nunca! (se ve remover las cortinas tras las cuales está Pedro.)

CONDE. Vos! Sabeis que los nobles de mi estirpe no violentan á las mugeres, y me insultais por eso..... pero creedme, todo no ha terminado aquí. Que nos amemos ó no, importa poco; lo que importa es, que el nombre de los Montrevel, que compartis conmigo, conserve su lustre mientras que yo viva; y lo conservará, señora. En donde vos pongais una mancha, pondré yo sangre; que no de otro modo se laban las afrentas en mi familia. Habeis escrito este billete á alguno á quien amais; ese alguno tiene derecho para reirse de mi, y ese alguno morirá. Tal vez, en vez

de una venganza, cometeré un crimen, pero vos responderéis ante Dios!

CON. Yo!

CONDE. Vos, que me obligáis á matar á alguno, y os negáis á nombrarme el culpable.

CON. Señor conde, aquí no hay mas culpables que vos y yo.

CONDE. No os creo, señora... ~~Por vuestra propia fe-~~
lidad... Porque si yo creyese que mi deshonra es-
taba consumada, ya estariáis muerta... muerta á mis
pies! En cuanto al otro!...

CON. (temblando.) Ese otro, monseñor, quién creéis
que es?

CONDE. El duque!

CON. El duque!

CONDE. Palideceis? El es!

CON. Monseñor!

CONDE. Qué vais á decir? Que vuestro billete no llevaba
direccion, y que por consiguiente no estaba destinado
al duque, no es verdad? Acaso que no iba destinado
á nadie? O me repetiríais, lo que me ha sostenido es-
ta mañana, con un descaro imperturbable, vuestro pa-
ge cuando le sorprendi la carta entre las manos; que
la cita era para un miserable montañés, llamado Pe-
dro? Pero no soy tan necio, señora, para creer seme-
jantes novelas. El duque es vuestro cómplice; el du-
que ha pasado quince dias en nuestro castillo de Mon-
trevel, bajo pretexto de caza, pero en realidad por
vos solamente, por vos que le amais.

CON. Que yo le amo?

CONDE. Vos le amais y morirá! El duque, á quien he
hecho llevar una copia de vuestra carta, y que me
cree en camino para Italia, vendrá solo aquí, dentro
de un instante, y en el mismo momento el bravo
Sileto...

CON. (con espanto.) Sileto!

CONDE. El bravo Sileto, que ha ofrecido hacer, median-
te cien ducados de oro, lo que yo le ordene; y subirá
por ese balcon, cuya llave tiene. Le haré ocultar con-
migo detrás de esa cortina.

CON. Dios mio!

CONDE. Y cuando penetre ese hombre, morirá á los
golpes de nuestras dagas, y la Saboya irá á poder del
extrangero!

CON. (á sus pies.) No lo hagais, no lo hagais, monseñor!
Oh! no sabeis lo cruel que es verse todo un pueblo
entregado á las garras de sus enemigos exteriores....
Matadme si quereis, matadme, pero no vendais á vues-
tro pais!

CONDE. No me habéis de patria, señora; no me habéis de
familia, no me habéis de deber. Deber, familia,
patria, por vos lo pierdo y lo vendo todo. Vuestro
amor es quien sumerge el puñal, vuestra infidelidad
quien enciende en nuestras calles la guerra civil;
vuestro gusto quien pega fuego á nuestras casas;
vuestra traicion quien arroja la Saboya en manos del
extrangero. Sobre vuestra frente dejo caer, señora,
toda la responsabilidad, y si en medio del combate, al
ver la ciudad ensangrentada luchar, entre los brazos
del incendio, dice una voz: «Es el conde de Montre-
vel que se venga,» otra mas terrible responderá: «No,
es la condesa de Montrevel que se divierte!»

CON. Oh! Os juro, monseñor, que no es el duque...

CONDE. Su nombre.

CON. Me prometéis su vida?

CONDE. No.

CON. Pues callaré como la tumba!

CONDE. El duque morirá.

CON. Que Dios nos juzgue, monseñor.

CONDE. Voy á conducirlos á mi cuarto, en el cual per-
maneceréis encerrada hasta que todo haya terminado.
Cerraré tras de mi esa puerta, á fin de que nadie pe-
netre aquí en mi ausencia, excepto el hombre que os
he dicho. (vá al cuarto del lado, saca una escala y la
lleva en el balcon. La condesa lo observa todo con
espanto y ansiedad.) Venid, señora, venid!

CON. (Y dejarle solo...) No, no.

CONDE. No me obligueis, señora...

CON. Dios mio!

CONDE. (con ira; sacando la daga.) Desobedecerme
á mi?...

CON. (á sus pies, aterrorizada.) Si... si... disponed
de mi...

CONDE. (llevándosela casi á rastra.) Miserable!

CON. Ah! (desaparece con ella por el fondo y cierra
tras si la puerta.)

ESCENA XII.

PEDRO, solo.

Y he podido sufrir con calma!... Oh! todo por ella,
todo! Qué intriga tan infernal! Cómo salvar al duque
y á la condesa? Ayudadme, Dios mio, en el plan que
voy á realizar. (vá al balcon, arranca la escala y cierra
las dos hojas por dentro) Bien! Mi puñal está bien agu-
zado? (lo examina) Sí! (se pasa las manos por el ros-
tro.) Ahora el rostro sereno... Siento pasos!... El es!

ESCENA XIII.

PEDRO, el CONDE.

PED. Aquí me teneis, monseñor.

CONDE. Quién eres?

PED. El hombre que habeis enviado á buscar.

CONDE. Tu nombre?

PED. Sileto.

CONDE. Has traído?...

PED. Mi puñal solamente... con el bastara.

CONDE. Cómo has entrado?

PED. Por ese balcon, cuya reja he abierto.

CONDE. En dónde está la llave?

PED. En el estanque, á donde se me ha caído por des-
cuido. Ved la escala que he desatado.

CONDE. Me parece que te he visto ya en otra parte.

PED. Es posible, monseñor; en el mundo nos encontra-
mos todos.

CONDE. Bien. Sabes lo que tienes que hacer?

PED. Si, monseñor, y con qué condiciones; debo ma-
tar á un hombre por cien ducados de oro.

CONDE. Sabes quién es ese hombre?

PED. No, pero debe ser, atendida la suma, un persona-
je de importancia.

CONDE. Es el duque soberano.

PED. Ah!

CONDE. Le mataras?

PED. Le mataré.

CONDE. Sileto, el pacto que vamos á hacer es terrible
es preciso que ninguno de los dos pueda desdecirse,
vender al otro.

PED. Es justo.

CONDE. Sabes escribir?

PED. Si, monseñor.

CONDE. Escribe en ese pergamino que te comprometo
á matar al duque esta noche, por cien ducados de oro
y firma.

PED. Pero monseñor...

CONDE. (vivamente.) Yo por mi parte voy á escribir
á firmar la promesa de pagarte cien ducados de oro
y protegerte contra toda persecucion, asi que ha-
gado muerte al duque. Vacilas?

PED. No, monseñor r
 CONDE. Vamos. (ambos escriben.)
 PED. (entregándole el pergamino.) Mi compromiso, monseñor.
 CONDE. (leyendo.) «Me obligo á matar esta noche al duque Manuel Filiberto, por cien ducados de oro. Hoy 20 de octubre de 1560, Sileto.» Bien! Toma el mio!
 PED. (leyendo.) «Me obligo á pagar á Sileto la suma... (deteniéndose y mirando al Conde.) Sois vos quién ha escrito esto?
 CONDE. (enrollando el pergamino que Pedro le ha dado, y guardándolo en su cartera.) Si... por qué lo dices?
 (Pedro busca vivamente en su seno, saca la cartera que le dió su hermana en el primer acto, y la compara con el pergamino que le ha dado el conde, después deja caer ambos.)
 PED. Lo digo, monseñor, porque sois un infame!
 CONDE. Señor Sileto!
 PED. No me llamo Sileto, me llamo Pedro Tardy, hermano de Magdalena Tardy, á quien habeis deshonrado!
 CONDE. Tú, Pedro Tardy!
 PED. Yo mismo, vuestro huesped la otra noche, hoy vuestro enemigo, y si necesitais pruebas, mirad estas cartas. (le presenta las cartas.)
 CONDE. Y qué me importan esas cartas?
 PED. Poca cosa como á nosotros. Ellas han costado á mi hermana el honor; á vos os costarán la vida!
 CONDE. La vida!
 PED. La vida! Todo no ha de ser divertirse con los pobres, monseñor! Después de la seducción viene la venganza... Después de las lágrimas de la hermana, el puñal del hermano. En guardia, monseñor, y arreglemos nuestras cuentas, si os parece.
 CONDE. (yendo hacia la puerta.) ¡Hola! Venid...
 PED. (cerrándole el paso.) Un paso mas y sois muerto. En cuanto al ruido, ya sabeis que nadie nos oirá, pero quiero daros un consejo, nobilísimo señor, y es que no abuseis de la paciencia del pobre campesino, y que saqueis vuestra daga antes de que yo pierda la serenidad.
 CONDE. Ja, ja! Estás loco? Las gentes como yo no se baten con los de tu clase!
 PED. Perdonadme, monseñor... los ladrones se baten todos los dias con los hombres honrados.
 CONDE. Si teneis alguna queja de mi, buscad un padrino de mi clase y entonces veré si debo honraros batiéndome contigo. (con frialdad.) Con vos es imposible un duelo... Yo soy noble y tú villano.
 PED. Yo soy mas noble que tú, conde infame. (le arranca las ordenes de que vá condecorado.) Mi nobleza la llevo en el corazon, y la tuya en la seducción y el asesinato.
 CONDE. (sacando á mitad su daga.) Miserable! No, no debo... (la vuelve á envainar.)
 PED. (fuera de si.) Defiéndete! Sabe que soy el amante de tu muger.
 CONDE. Tú?
 PED. Yo, yo, Pedro el paisano, Pedro el canalla, como vosotros decis... Soy el amante de tu muger la condesa de Montrevel, como tú lo has sido el de mi hermana, la hija del pueblo.
 CONDE. Mientes!
 PED. Que miento? La prueba es que ella me ha escrito esa carta, que me ha dado una cita, aqui, en tu ausencia, estrechado en sus brazos, oculto en su cuarto, ahí, junto á su lecho; la prueba es, que he oido toda vuestra conversacion, tus amenazas, sus negativas,

tus proyectos de asesinato, de incendio y de traicion, te he visto traer la escala que no ha servido á nadie, lo entiendes, imbécil? (riendo con estrépito.) Ah! ah! Pobre conde! Pobre noble!
 CONDE. En guardia, infame, en guardia!
 PED. Ah! Te parezco ya bastante noble? (Al fin conseguí mi objeto!) (sacan las dagas y van á herirse, cuando la puerta se abre y entra el Duque.)

ESCENA XIV.

PEDRO, el CONDE, el DUQUE.

DUQ. Un duelo! El conde aqui!
 CONDE. El duque!
 PED. El duque!
 DUQ. Conde, tengo que hablaros.
 PED. (bajo al conde.) Os espero!
 CONDE. (id.) No te haré esperar mucho tiempo! (Pedro sale.)

ESCENA XV.

El DUQUE, el CONDE.

DUQ. Por qué razon estais aqui, cuando os he ordenado...
 CONDE. Monseñor, no sabeis lo que es tener celos? La nobleza toda está unida, y yo á su frente, para asesinaros. Ese hombre que acabais de ver, me ha firmado una promesa de asesinato.
 DUQ. Miserable! Guardias!
 CONDE. Silencio, señor! (sacando su espada.)
 DUQ. Oh! la espada del duque os salvará del hacha del verdugo! (saca la suya.)
 CONDE. Como aqui no hay testigos, el que mate al otro pasará por asesino!
 DUQ. Asesino!
 CONDE. Si, monseñor. Todo está en vuestra contra; ó saldré de aqui para reunirme con ese hombre, ó me habreis asesinado.
 DUQ. Asesinado ó no, no saldrás! (luchan á muerte un instante.)
 CONDE. Ah! Me habeis muerto! (cae al suelo mortal.)
 DUQ. Huyamos de la justicia! (vá á huir por el fondo y se abre la puerta de repente y aparece en su dintel Juan Tardy, vestido de bailio, con varios agentes de justicia.)

ESCENA XVI.

Dichos, JUAN, agentes de justicia.

JUAN. Atrás, monseñor!
 DUQ. Sabes quién soy?
 JUAN. Habeis asesinado á ese hombre, y la justicia os reclama!
 DUQ. Soy el duque!
 JUAN. Ante la ley, todos son iguales! Prendedle!
 DUQ. Miserable!
 JUAN. Y si se resiste, matadle! Alguna vez ha de imperar la justicia para todos! (cuadro. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La sala del trono en el palacio de Chamberg.

ESCENA PRIMERA.

JUAN, dos EXENTOS de policia.

JUAN. Habeis cumplido el mensaje que os di para el Duque?

1
 Arreglar de mane-
 ra que encuentrez á
 mi hijo y me lo traigáis
 aquí al instante.
 Dios mío! dadme fuer-
 zas para que cumpla
 con mi deber, dadme
 luz para que satisfaga
 la justicia, y si
 muero, velad por mis
 hijos.

cubr en.) Que pase el Duque.

ESCENA III.

Dichos, el DUQUE, guardias.

DUQ. (entrando.) Aquí me teneis á vuestras órdenes.
 JUAN. (inmóvil.) Está bien, señor Manuel Filiberto.
 DUQ. Ira de Dios, que esto pasa de raya!... Me aprisionais, y me deajo prender; me enviáis á buscar á mi habitacion como á un comerciante en su tienda, y salgo para obedeceros; me decis que comparezca ante vos, y me someto á vuestra orden; y cuando llego para pedir os razon de un proceder tan extraño, me recibis, á mi, á vuestro soberano, sentado y con la cabeza cubierta! Por Cristo vivo, que esto es violento, y por grande que yo os haya hecho, no sois nada á mi lado, y os esponéis á aprender á vuestras espensas, que no hay dignidades que den para conmigo el derecho de insolencia. Mi bondad trastorna algunas veces las cabezas, pero mi cólera las derriba.
 JUAN. Nada he olvidado, señor Manuel Filiberto, y por eso os halláis aquí; me pedisteis la verdad, y os la dige; me ofrecisteis la administracion de justicia, y la acepté; me hicisteis gran bailio; de suerte que no es aquí el vasallo quien recibe á su soberano, sino el juez que interroga al acusado. Sois acusado de asesinato.

DUQ. Yo?
 JUAN. De asesino en la persona del conde Luis de Montrevel.
 DUQ. Y qué pruebas...?
 JUAN. Además de la clara y patente de hallaros junto al cadáver con la espada ensangrentada y humeante, como primer acto de mi ministerio, ayer mismo hice arrestar á todos los que sin permiso se hallaban en la ciudad: un criminal, llamado Sileto, me reveló, para salvar su vida, que un asesinato debia cometerse el dia mismo en el palacio y en las habitaciones del conde de Montrevel; coloqué agentes, y á la hora indicada entró un hombre solamente, el cual no pudo ser reconocido; pero sin que él lo notase, el extremo de su capa fué cortada.
 DUQ. Y qué?
 JUAN. La capa era la vuestra; el hombre érais vos.
 DUQ. Todas las capas se parecen, y...
 JUAN. Pero todas las armas no: mirad las vuestras. (le enseña el pedazo de capa, sobre el cual estan bordados en oro la cifra y las armas del Duque. Movimiento entre todos.)
 DUQ. (impaciente.) Pero...
 JUAN. Vos le asesinasteis.
 DUQ. Mentis... le he matado!
 JUAN. Lo confesais?
 DUQ. Lo confieso.
 JUAN. Lo ois, señores? El Duque confiesa su crimen!
 DUQ. Aquí no hay crimen.
 JUAN. Qué nombre dais á los asesinatos?
 DUQ. Os digo que le maté en legítima defensa.
 JUAN. Llamais legítima defensa y caso de honor al duelo á muerte entre los caballeros, y no prevenis castigo alguno; y cuando un pobre hurta un pedazo de pan ó una miserable moneda, tal vez para alimentar á sus hijos, que se mueren de hambre, en tanto que vosotros disipais tesoros en orgias y en bacanales, entonces le aplicais la mas bárbara de las leyes, y lo condenais á muerte.
 DUQ. Mi honor y el de mi país estaban en peligro...
 JUAN. Aun cuando asi fuese, nadie tiene derecho á aplicarse la ley; además, el desafío es siempre un asesinato.
 DUQ. Deberiais saber que mi persona es sagrada é inviolable, y que las frentes coronadas suben siempre sobre el nivel de la ley.
 JUAN. Blasfemia contra la ley natural; axioma en la ley de los hombres. Pero si esta última nada puede sobre vuestra vida, lo puede todo sobre vuestro honor.
 DUQ. Mi honor!... Os ariais...?
 JUAN. Asi, pues, vos, Manuel Filiberto, duque de Saboya, atendiendo á que...
 DUQ. Una palabra...
 JUAN. Hablad.
 DUQ. (haciéndole señas.) En voz baja.
 JUAN. (sin moverse.) En voz alta. La justicia no admite misterios.
 DUQ. Atentais á vuestra fortuna.
 JUAN. Cumpló con mi deber! Atendiendo á que...
 DUQ. Os prohibo continuar.
 JUAN. Un medio hay solamente para cerrarme la boca: monseñor.
 DUQ. Cuál?
 JUAN. Cortarme la cabeza!
 DUQ. Pues bien!... Guardias!! (los guardias abanzan.)
 JUAN. (inmóvil.) «Por el Evangelio y por mi corona, habeis dicho, os juro que nadie, ni aun yo mismo, podrá eximirse de obedecer la ley; que ni un culpable aunque lo fuese yo, podrá librarse del castigo que»

«haya merecido; que yo mismo, en caso necesario, os
«prestaré toda mi fuerza para que se cumpla la justi-
«cia hácia todos y contra todos.» Ahora proceded,
monseñor: Dios nos juzga. (los guardias vuelven á su
sitio.)

DUQ. (un momento pensativo.) Continúad! (esc. tran-
quilamente.)

JUAN. Estais convencido de asesinato, y notificado por
mi, gran bailio de Chamberg, á comparecer dentro de
media hora delante de la casa de villa, para que oigais
leer vuestra sentencia, y para verla ejecutar en pre-
sencia de todos. Ahora podeis retiraros. (se levanta.)

DUQ. Un instante. Puesto que estais resuelto á que se
ejecute la ley contra mi, debeis hallaros pronto igual-
mente á hacerla ejecutar para mi.

JUAN. Si, monseñor; la justicia tiene dos manos: la una
hiere, la otra protege. (Aquí se sale Pedro.)

DUQ. Pues bien. Ayer un hombre ha firmado, bajo un
apellido supuesto, la promesa de asesinarme por cien
ducados de oro. Qué castigo merece ese hombre?

JUAN. La muerte.

DUQ. Habeis dicho la muerte?

JUAN. Si. En dónde estan las pruebas?

DUQ. Tomad. (le entrega un pergamino.)

JUAN. En dónde está el hombre?

DUQ. (señalando la puerta derecha.) Allí.

JUAN. Que venga.

DUQ. (á un oficial.) Traed aqui al preso, y anunciadle
que vá á comparecer ante su juez el gran bailio de
Chamberg. (á Juan.) Vais á ver al acusado.

ESCENA IV.

Dichos, PEDRO en el fondo.

JUAN. (retrocediendo.) Mi hijo!

PED. (deteniéndose.) Mi padre!

DUQ. Salgamos, señores... Sed justo, señor gran bailio.
(sale con sus guardias; los demas le siguen.)

ESCENA V.

JUAN, PEDRO.

JUAN. (ocultando su rostro entre sus manos.) Dios mio!

PED. (corriendo á él con los brazos abiertos.) Padre
mio!...

JUAN. (deteniéndolo con el gesto.) No, tu juez; un juez
inexorable, Pedro, que no conoce en el mundo mas
que inocentes ó culpables; un juez, que no ha que-
rido perdonar á su rey, y que no podrá perdonar á su
hijo!... Piensa en ello!

PED. (bajando la cabeza.) Ah!

JUAN. Voy á interrogaros...! Vais á responderme!

PED. Estoy pronto.

JUAN. Pedro, ya conoces si desearé encontrarte inocen-
te... Pero no importa, Pedro... ni aun por mi... no
mientas.

PED. Tranquilizaos, padre mio.

JUAN. (tomando el pergamino.) Conoceis... Pero no te
acuses injustamente... (Pedro sacude tristemente la
cabeza.) Conoceis este pergamino?

PED. Si.

JUAN. Si! Pero no eres tú... no eres tú quien lo ha es-
crito?

PED. Yo lo he escrito.

JUAN. Y firmado?

PED. Tambien.

JUAN. (mirando el pergamino.) Ah! (leyendo.) «Me
obliga...» Pero no es tu nombre el que está aqui!...
Sileto! Dice Sileto, y no Pedro!

PED. Dice Sileto, pero es Pedro quien ha escrito Sileto.

JUAN. En efecto, ese hombre se halla preso desde ayer
por la mañana... Pero, hijo, desgraciado, ¿cómo te ha
arrastrado...?

PED. No puedo decirlo, padre mio.

JUAN. Y sabes la pena que te está reservada?

PED. Si... la muerte.

JUAN. La muerte! La muerte! Morir tú, Pedro mio, y
morir condenado por tu padre!... No! No!... Dios no
lo permitirá... Tú te justificarás!... Tú eres bueno y
generoso... Tú no puedes haber abrigado la idea de
un crimen!... Un crimen, tú!... No! Te habrán obli-
gado, te habrán engañado!... El Duque te insultaria,
no es verdad? No es verdad que te ha insultado el Du-
que? Entonces la venganza... Esto se comprende muy
bien en un jóven... Pero justificate, Pedro! Defiende-
te!... Te lo pido de rodillas!... Una excusa, una apa-
riencia, alguna cosa!... Habla, habla, hijo mio!... Que
tu silencio me dá la muerte! (cae á los pies de Pedro.)

PED. Nada tengo que decir, padre mio.

JUAN. (alzándose.) Nada!... Con que era para esto por
lo que te ocultabas de mi hace tanto tiempo? Era para
esto por lo que pasabas las noches enteras lejos del te-
cho paternal? Era para esto por lo que nos hacias ve-
lar entre las angustias y las lagrimas? Era para el cri-
men! Para la afrenta! Sin respeto hácia los blan-
cos cabellos de tu padre, sin piedad hácia el corazon
ulcerado de tu anciana madre, sin pudor por el nom-
bre que llevas como nosotros... (Pedro se acerca á él
y Juan retrocede.) No os conozco, miserable! Haced
oficio del asesinato!!

PED. Yo!... Yo matar por dinero!.. Y no poder hablar!...
No!... Vos lo decis, pero no lo creéis... Me he perdi-
do á mi mismo, pero envilecerme... jamás!... Cuan-
do uno es hijo vuestro, no hace esas cosas...! Mis ma-
nos permanecen puras, mi conciencia está tranquila.
Padre mio, soy, como antes, digno de vos!... Ab-
zadme, padre mio! (Juan se arroja en sus brazos,
llora.)

JUAN. Hijo mio! Hijo mio!!

PED. Cuándo debo morir, padre?

JUAN. Al momento.

PED. Ah! Hubiera querido volverla á ver!

JUAN. A quién?

PED. A mi madre.

JUAN. Tú madre?... Pobre Teresa!

PED. Plegue al cielo que no se halle aqui, ni mi herma-
na tampoco, cuando...

JUAN. No, estan allá abajo, en nuestra choza.

PED. (respirando.) Qué felicidad!... Mi pobre Mag-
dalena... La abrazareis por mi, padre mio, no es verdad?

JUAN. (sollozando.) Si, si...

PED. Y á mi madre tambien... Infeliz madre!... Las di-
reis que las amo con todo mi corazon... Bien temia á
pobre anciana la noche del Viernes Santo!

JUAN. Pedro, es imposible... imposible que hayas come-
tido ese crimen... Estoy seguro de que si quisieras po-
drías salvarte.

PED. Es verdad, padre mio.

JUAN. Ah!... Bien sabia yo que no eras culpable!

PED. Pero no puedo hablar.

JUAN. No puedes?

PED. Para salvarme, necesitaría cometer un abajeza, y
este precio vos mismo no rescatariais mi vida.

ESCENA VI.

Los mismos, TERESA y MAGDALENA detenidas por los
guardias, que no las dejan entrar.

PED. Mi hermana! Mi madre!

ESCENA VII.

El Duque, SIMON

Sim. Eschwo... terrible

Dug. ... orirá t

ari

com

ónen en capilla

nfesado...

he roto el

resuelto á no

JUAN M
TER
JUAN
TER
PED
TER
JUAN
Z
TER
J
PED
SO
MA
PEI
MA
PEI
MA
TEI
Q
JUA
TEI
PEI
I
TE
JUA
TE
TE
JU
TE
JU
TE
JU
TE
JU
TE
M
JU
M
J
E
J

(á
arte!

El DUQUE, la CONDESA.

CON. *(vestida de duelo, entra precipitadamente.)* Monseñor, perdon, perdon. *(se arroja á sus pies.)*

DUQ. *(alzándola.)* Alzaos, señora, y dejadme daros gracias por haber venido á mi la primera, mientras que yo no osaba ir á vos...

CON. Monseñor!

DUQ. El Conde ha muerto, señora, ha muerto por mano mía, pero menos ha sido por mi culpa que por la vuestra. *(la Condesa hace un movimiento.)* Mi amor hacia vos, señora, me hizo ir á aquella funesta cita... Mi amor quien me obligó á matar al Conde! Si, señora, yo le odiaba, porque era vuestro esposo!

CON. Escuchadme, monseñor!... hay un hombre que debe morir, y á quien yo debo salvar á costa de mi vida. Su indulto, monseñor, su indulto!

DUQ. De quién habláis?

CON. De Pedro Tardy.

DUQ. El perdon de mi asesino!

CON. Es inocente! Le juzgarán culpable porque habrá ocultado la verdad; pero vos le considerareis inocente cuando yo os diga esa verdad.

DUQ. Hablad! Esa verdad...

CON. Es mi deshonor. Cuando el Conde vino á decirme que esperaba á un hombre para asesinaros, Pedro estaba oculto en mi cuarto.

DUQ. En vuestro cuarto, señora?

CON. Lo habia oido todo, y temiendo ser descubierto si seguia oculto, se presentó al Conde como el asesino á quien esperaba; y para salvar mi honor, ha dado el suyo con la vida. Ahora que os lo he dicho todo, salvadle.

DUQ. Pero quién le habia llevado á vuestro cuarto?

CON. Yo?

DUQ. Vos?.. Amais acaso á ese hombre, señora?

Seguei salte Jordan de la Condesa

JUAN. Entonces perdoname mi justicia.

PED. A condicion de que vos me perdonareis mi silencio.

JUAN. Tu mano, Pedro. *(se dan la mano con efusion.)*

PED. Vuestra última bendicion, padre mio. *(dobla una rodilla.)*

JUAN. Pedro, tu juez te ha condenado; ahora tu padre te bendice... Te lloraré sobre la tierra, hijo mio; ruega por mi en el cielo. *(le abraza largo rato estrechamente sollozando. Levantándose.)* Guardias! *(aparecen seis guardias.)* Poned en capilla al preso.

TER. *(cayendo de rodillas.)* Ah!

MAG. Padre mio!

JUAN. Que se lleven á estas mugeres! *(los guardias lo hacen.)* A firmar su sentencia de muerte!... *(vá á la mesa, escribe y firma convulsivamente.)* Ah! Siento pasos!... El Duque!... Oh! Seré inflexible con él como lo he sido con mi hijo! A la casa de la villa! *(sale por la izquierda en el mayor desorden.)*

CON. Yo... (baja la vista avergonzada.)
 DUQ. Entonces rogado por su alma... morirá.
 CON. Morir!... No me habeis hecho esperar su perdon?
 DUQ. Tal vez lo hubiera concedido á mi asesino, señora, pero nunca á mi rival... Vuestra confesion le ha perdido!
 CON. Pero vos sabeis que Pedro no es culpable.
 DUQ. Culpable ó no, qué me importa? Lo que me importa es que muera... y morirá! Simian?
 CON. Miradlo bien, monseñor...! Hablaré...!
 DUQ. Vos?
 CON. Yo!... Corro á decir al gran bailio la verdad respecto á vos y respecto á mi: la infamia para nuestros dos nombres, monseñor! El adulterio para el mio, y el asesinato para el vuestro. Si es preciso, se la diré al pueblo... se la diré á Dios! Y si los dos me faltan, si dejan matar á Pedro por un asesinato que no ha cometido, y que no queria cometer... entonces... entonces, yo le vengaré! (sale.)

ESCENA X.

El DUQUE, SIMIAN.

DUQ. Simian!
 SIM. Monseñor.
 DUQ. Has visto? Esa muger ama á Pedro Tardy.
 SIM. Creeis...
 DUQ. Siempre esa familia en mi camino! Oh! Quiero concluir de una vez con esa raza... Que un escuadron de mis guardias vaya á la casa de villa, que se apodere del juez y del acusado, que me los traigan aqui atados de pies y manos, y que el verdugo esté pronto!.. Qué es esto?... Quién se atreve sin orden mia...?

ESCENA XI.

os, JUAN, los JUECES, PEDRO con cadenas, guardias Duque, guardias del gran bailio, gentes de la corte, pueblo, el VERDUGO.

JUAN. Yo!
 DUQ. Tú otra vez! (sube á su trono, cuyas cortinas se descorren.)
 JUAN. Otra vez yo, monseñor! Puesto que no os atreveis á ir en mi busca, es preciso que yo os busque á vos. Puesto que olvidais vuestros juramentos, es preciso que yo os los recuerde. Ah! Os sorprende porque esperábais de mi otra cosa? Fuisteis á sacarme de mi choza como á un bufon para abrumarme con una magistratura ridícula, y divertiros despues con vuestros cómplices de mis locuras ó de mis torpezas? Pues os engañásteis, monseñor; en vez de un cortesano habeis tomado un juez; buscábais un esclavo, y tropezásteis con un hombre... ahora debeis conocerlo. Yo no he aceptado el mando, como otros muchos, para ser vuestro maniquí, saliendo responsable de cuanto os viniese en capricho ó interés: soy una viva asechanza que habeis erijido para mofa, y en la cual habeis caido para castigo indeleble. Estais en mi caverna, monseñor, y no saldreis de ella sin llevar en vuestras espaldas la garra de mi justicia. (el Duque hace un movimiento.) No escapareis á la pena que os está reservada. La multitud, que no habeis querido ver en la plaza pública, ha venido á veros en vuestro palacio; la sentencia que no habeis querido oír en la calle, la oireis en vuestro trono. Dada desde mas alto la leccion, se oirá desde mas lejos... Escuchadme! (se adelanta hácia el trono.)
 SIM. (lanzándose hácia Juan.) Insolente! (echando mano á la empuñadura de su espada.)

DUQ. (severamente á Simian.) Retiraos. (Simian se retira.)
 JUAN. (con frialdad.) Soldados, echad á ese adulator turbulento! (subiendo dos escalones del trono.) Duque Manuel Filiberto, estais convencido de asesinato en la persona del conde Luis de Montrevel: este crimen merece la muerte. (movimiento en la multitud.)
 DUQ. (con fiereza.) Silencio!! Que termine el magistrado!
 JUAN. Pero como sois inviolable y sagrado, segun la ley, no pudiendo tocar vuestra persona, voy á heriros en vuestra dignidad. Ordeno, pues, que el verdugo rompa sobre el cadalso vuestro escudo ducal, y enseñe á la multitud los pedazos, diciendo: «Este es el castigo de un asesino soberano!»
 DUQ. (bajando del trono.) Habeis concluido con uno de los dos culpables... ahora el otro.
 JUAN. Que se adelante el reo.

EL VERDUGO. (haciendo adelantar á Pedro.) Aqui está señor.
 JUAN. Pedro Tardy, habeis querido atentar á la vida vuestro soberano legítimo, nuestro señor el duque Saboya: es un crimen de lesa magestad humana vana, y pronuncio contra vos sentencia de muerte. Las dos sentencias serán ejecutadas la una despues de la otra. La campana de la villa anunciará que el escudo ducal ha sido roto, y un disparo de arcabuz ha pasado á mejor vida el segundo condenado. Que acerque el verdugo. Estais encargado de presidir las ejecuciones. (silencio de estupor y de espanto.) Ahora, monseñor, que he cumplido con mi deber de juez, os pido el perdon de mi hijo!... (se echa á los pies del Duque.) Perdon! Perdon!
 DUQ. (á Pedro.) Abanzad, condenado! (Pedro se acerca; el Duque dice en voz baja.) Una muger me ha dicho que no firmásteis voluntariamente la promesa de asesinarme. Declarad en voz alta que habeis sido obligado, y os perdono.
 PED. (bajo.) Esa muger ha mentido, monseñor... Nada tengo que decir. (se retira.)
 DUQ. (alto.) Señor Juan Tardy, rebocad la sentencia que habeis pronunciado contra mi, y perdono á vuestro hijo.
 JUAN. (alzándose.) Que se ejecuten las dos sentencias. (se llevan á Pedro; Juan queda solo.)
 DUQ. (habla al oído á Simian.) Marcha! (Simian sale.)

ESCENA XII.

Los mismos, menos PEDRO y SIMIAN.

DUQ. Ya veis, señores, cómo se administra ahora en mis reinos la justicia. El vasallo juzga al príncipe, el padre juzga al hijo; los privilegios no existen; no hay mas que una ley para todos... que todos obedezcan la ley! (se oye la campana de la villa.) Uno de los dos asesinos está castigado; oigamos la señal del otro.

ESCENA XIII.

Dichos, la CONDESA.

CON. (desalentada.) Deteneos! Deteneos!... Pedro es inocente!
 JUAN. Inocente!
 TODOS. Inocente!
 CON. Lo probare... pero salvadle!
 JUAN. Que se suspenda la ejecucion! (varios van á salir corriendo, y se oye un disparo de arcabuz.)
 TODOS. Ah!
 DUQ. La justicia está cumplida!

La noche del Viernes Santo.

JUAN. Dios mio! Dios mio!! (cae sollozando en un sillón.)
DUQ. Señores, el país vá á comenzar bajo un nuevo príncipe una nueva era.
JUAN. (con delirio.) Y mi hijo? Y mi hijo?
DUQ. (haciendo una señal á los guardias.) Vedlo!...

ESCENA XIV.

Dichos, PEDRO conducido por SIMIAN.

PED. (viniendo á lanzarse en los brazos de su padre.) Padre!
JUAN. Hijo mio!! (todos le rodean con satisfacción.)
DUQ. Señor Juan Tardy, os confirmo en vuestra plaza; y á vuestro hijo...
JUAN. No prosigais, monseñor... Os he enseñado la senda de la justicia á costa de mis mas caros objetos... Seguid mis huellas, pero dejadnos volver á nuestra ca-

baña; y si alguna vez necesitais al hombre del pueblo, volved á ella, acordándoos de la noche del Viernes Santo!
FIN DEL DRAMA.

Gobierno de la Provincia de Madrid.—Madrid 22 de abril de 1854.—Segun el informe evacuado por el señor Censor, puede representarse.—Quinto.

Madrid, 1854.

IMPRESA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, n. 13.

ESCENA X.

El Duque, SIMIAN.

Duch. Siempre esa familia en mi camino! Of...
Sim. Monseñor...
Duch. Las vayas? Esa mujer ama á Pedro Tardy...
Sim. Grecia...
Duch. Siempre esa familia en mi camino! Of...
Sim. Monseñor...
Duch. Las vayas? Esa mujer ama á Pedro Tardy...
Sim. Grecia...
Duch. Siempre esa familia en mi camino! Of...
Sim. Monseñor...
Duch. Las vayas? Esa mujer ama á Pedro Tardy...
Sim. Grecia...
Duch. Siempre esa familia en mi camino! Of...
Sim. Monseñor...
Duch. Las vayas? Esa mujer ama á Pedro Tardy...
Sim. Grecia...

ESCENA XI.

Juan, los señores Pedro con los señores...
Duch. Señores, el país vá á comenzar bajo un nuevo príncipe una nueva era.

ESCENA XII.

Los mismos, menos Pedro y SIMIAN.

Duch. Ya veis señores, como se administraba ahora en mi reino la justicia. El vasallo paga al príncipe el padre paga al hijo; los privilegios no existen; no hay una ley para todos... que todos obedezcan la ley... (se oye la campana de la villa.) Uno de los señores está castigado; organizad la señal del otro.

ESCENA XIII.

Dichos, la Condesa.

Con. (desalentada.) Deteneos! Deteneos! Pedro es inocente!
Duch. Señores, el país vá á comenzar bajo un nuevo príncipe una nueva era.
Con. (desalentada.) Deteneos! Deteneos! Pedro es inocente!
Duch. Señores, el país vá á comenzar bajo un nuevo príncipe una nueva era.

Juan. Vol...
Duch. Señores, el país vá á comenzar bajo un nuevo príncipe una nueva era.
Con. (desalentada.) Deteneos! Deteneos! Pedro es inocente!
Duch. Señores, el país vá á comenzar bajo un nuevo príncipe una nueva era.
Con. (desalentada.) Deteneos! Deteneos! Pedro es inocente!
Duch. Señores, el país vá á comenzar bajo un nuevo príncipe una nueva era.

